FONDO EDITORIAL TIERRA ADENTRO
OTROS TÍTULOS:

395. Yaxkin Melchy
*Los poemas que vi por un telescopio*
(poesía)

396. Mariño González
*Fútbol*
(novela)

397. Iris García
*Ojos que no ven, corazón desierto*
(cuento)

398. Lucía Leonor Enríquez
*Nadie se va a reír*
(teatro)

399. Carlos González
*La jaula de Mallik*
(novela)

**PORTADA:** GISSEL RASCÓN
(HERMOSILLO, SONORA, 1976)
*ESPACIOS DEL INTERIOR*
HILO BORDADO Y ACRÍLICO SOBRE TELA
54 × 44 CM C/U (DÍPTICO)
MÉXICO, 2007

**UNA PROSA DE TRAZO FIRME** que encuentra en los valores orientales del orden, la mesura y el espacio despejado, sus detonantes de belleza. Cada uno de los ocho cuentos que forman *Hanami*, presume de un trato preciso del lenguaje que se desprende de una fascinación por lo ajeno y que, a partir de este asombro, pone a dialogar la identidad del extranjero con el Japón actual. Esta proyección abarca desde la tradición del *kanji* hasta Ryu Murakami y Banana Yoshimoto. Una anciana que pasea plantas en bicicleta, niños de preescolar en medio de una hemorragia de sangre provocada por la gripe aviar, bares de chicas veinteañeras que viven entre los lujos de una tirana; las fantasías lésbicas del anime y otros tipos de desplegados visuales conviven en un entrega bien calibrada y con un pequeño toque incisivo.

TIERRA ADENTRO
GOBIERNO FEDERAL
CONACULTA
ESTADOS UNIDOS MEXICANOS
ISBN: 978-607-455-205-8
9 786074 552058

400

Cristina Rascón Hanami

# Hanami

## Cristina Rascón Castro

Fondo Editorial Tierra Adentro

FOTOGRAFÍA: ENRIQUE MOYA, 2009.

**CRISTINA RASCÓN CASTRO** nació en Ciudad Obregón Sonora en 1976. Es narradora, poeta, traductora y economista. Obtuvo el diplomado en estudios asiáticos por la Universidad de Estudios Extranjeros de Kansai, Japón. Actualmente es consultora para las Naciones Unidas en Viena, Austria. Algunos de sus libros son *El agua está helada* (2006), Premio Libro Sonorense 2005; *Puede que un sahuaro seas tú* (2009), Premio Regional de Literatura del Noroeste y *Cuentráficos* (2006). Tradujo el libro *Sin conocer el mundo* (2007) del poeta japonés Shuntaro Tanikawa. Sus textos han sido traducidos al inglés, francés y alemán.

# HANAMI

Cristina Rascón Castro

# HANAMI

FONDO EDITORIAL TIERRA ADENTRO 400

Programa Cultural Tierra Adentro
Fondo Editorial

Primera edición, 2009
Diseño de portada: Antonieta Cruz
© Cristina Rascón Castro
© Gissel Rascón por ilustración de portada

D. R. © 2009, de la presente edición:

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección General de Publicaciones
Av. Paseo de la Reforma 175, Col. Cuauhtémoc,
CP 06500, México D. F.

ISBN 978-607-455-205-8 CNCA

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones

Impreso y hecho en México

# Índice

*9* Senil casualidad

*13* Al médico

*23* Anime animal

*29* El espejo

*33* Hai, hai

*41* Leyenda sin tierra

*47* Metrópolis

*57* Hanami

# Senil casualidad

*Tomonari*:
Ahora, os los ruego, ¡decidme sus nombres!
*Pareja anciana*:
¿Qué necesidad tenemos de continuar el secreto?
Takasago y Sumiyoshi,
los espíritus de pino, marido y mujer,
están frente a ti.
*De "Takasago", por Zeami.*

14 de mayo, 2001.
Osaka, Satsukigaoka.

Por fin un lugar con silencio occidental, sin rigurosa perfección, con la calidez del murmullo y el hojear de periódicos. Café colombiano y mesas de mayor altura que mis rodillas, *croissant* francés, ventana hacia un jardín artificial. Me hacía falta un lugar así, exento de tatamis y reverencias. Después de meses aquí ya he perdido peso y también algunas costumbres, tontas si se quiere, saludar con un beso en la mejilla, un apretón de manos, esas cosas.

A mi izquierda, dos *ojīsan* amurallados tras el periódico, arrugando los ojos para interpretar la bola de signitos que siguen y seguirán siendo un misterio para mí. A la derecha una *obāchan*, lady en sus cincuenta, conversando con una pequeña maceta que

trajo en la canasta de su bicicleta. Finjo no sorprenderme (como la mesera), un poco por cortesía, un poco por estar acostumbrada. La tercera edad es en Japón la base de la pirámide poblacional, nómadas de cafés a restaurantes a jardines, cargando su propia conversación y meciendo el tono de voz de la amabilidad al odio, según el clima.

En su mesa para dos personas, la pequeña planta ocupa una silla y la anciana otra. Ordena un café americano y un vaso de agua (sin hielo, *onegaishimasu*) para su planta. Después los ojos se detienen un poco en mí y yo me escondo tras la obra de Takasago en inglés, banderín de no quiero hablar con nadie en lengua nipona. Aunque entiendo el engranaje del murmullo prefiero ocupar otro espacio que el hablado: ojos grandiredondos, de gato observador.

Estos pinos significan hojas
de discurso que no caen: palabras.
*(Sumiyoshi)*

Ya casi vas a tener una flor —dice—. ¿No te da emoción? La planta no le contesta, tal vez porque la mujer vació entonces un vaso de agua en la tierra seca. La planta se ve contenta. De nuevo los ojos (también secos) de la mujer se encajan en los míos. Leo, leo, leo y leo, me repito y mi cabeza obedece. La mujer se levanta y me dice: "disculpa, ¿puedes por favor vigilar mis cosas mientras voy al baño?". Es un japonés de lo más amigable y familiar, como si fuera amiga de mi madre o algo así, sin reparar en que soy una *gaijin*, una extranjerota que muy probablemente no va a entender nada de lo que se le diga (comportamiento de lo

más común en los *nihonjin*). Le respondo que no hay problema. Al regresar vierte más agua en la maceta, acaricia sus hojas, sorbe un poco de café, limpia el tallo con una servilleta.

Las ramas de pino brillan
con siempre verde
hojas de discurso: perlas de rocío
que en el corazón buscan gracia refinada.
*(coro)*

Sí, una bolsa de plástico. La mesera la ve sacudiendo las pestañas. *Onegaishimasu*, ruega la anciana. La mesera pregunta al gerente si puede hacer entrega de tal encomienda. Cuando la mujer la recibe, explica: es que vienen las dos en la misma bolsa, dentro de la canasta, viajan incómodas. Una segunda plantita aparece sobre la mesa, tímidamente. Es más delgada, un poco débil. También recibe el *day-care* en cada hoja y unas palabras en voz baja que me confortan a mí también, intrusamente, a pesar de no conocerlas. La *obāsan* gira sus ojos inquietos hacia las mesas de al lado (es decir, la mía). Me pregunta a qué hora saldré del restaurante. Cruza por mi mente la idea de gozar otra vez del patrocinio de esas errantes viejecillas y contesto que ya pronto. Qué lástima —responde—. Te iba a encargar que cuidaras a mis plantas en lo que iba al supermercado y volvía, ni modo, tendré que llevarlas conmigo, ya están cansadas de andar de acá para allá, las pobres. Dicho esto se levanta y paga su cuenta. A mí me da la impresión de que olvida algo. Reviso su lugar y nada. Ninguna excusa para seguirla y conversar un poco. La observo

pedalear su bicicleta y tornarse un punto grisáceo, lejos. En mi mesa, una flor de pino abierta y seca. Es el adorno que acompaña al café irlandés.

Se dice
que plantas y árboles
son seres insensibles,
mas flor y fruto nunca equivocan su tiempo.
*(coro)*

Termino por creer en lo que ya no veo, como Tomonari.

# Al médico

No sabe a quién echarle la culpa, si a la maestra japonesa, si al temor a doctores, hospitales y enfermedades exóticas, si a su abuela y lo del karma o al sistema japonés tan estricto, tan *narrow minded*, tan clavados en ser siempre lo mejor. Tal vez al niño enfermo de quién sabe qué cosa. Total que ahora apenas y respirar puede, sentada en la banqueta, esperando el camión frente a un castillo rosa con sirenas y gatos en las ventanas.

El cómo llegó Liz a Osaka es otra historia. Digamos que una vez terminados sus estudios por seis legales meses (y comprobado que el salario mínimo en Japón son ochenta pesos la hora) decidió extender su visa y no hubo más remedio que aceptar el único trabajo en donde aquello de ser *native English speaker* no era riguroso ni tampoco había un *native English speaker* que quisiera tomarlo: maestra de inglés en un kínder.

Veámosla esa mañana, su primer día en el parvulario nipón, un castillo rosa que nos dice que es de paga, no como las escuelas rurales que son blancas y cuadradas. Ahí está, de pie, frente a un niño de dos años en la puerta que le sonríe y que sostiene con su manita una compresa blanca sobre su frente. *Gambarimasu ne?* Pregunta la asistente nipona. ¿Le vas a echar ganas, verdad? Las dos mujeres se inclinan para escuchar bien lo que dice el niño. Mueve sus labios en algo

que bien podría ser un sí, o eso adivinan, porque apenas abre la boca y suelta algo de aliento. Tiene fiebre, dice la maestra japonesa, pero estará bien, ¿verdad Riku? El niño asiente con la cabeza colorada.

Liz se incorpora ante el niño afiebrado. De pie, observa cómo la maestra japonesa le quita los zapatos, la mochila, el sombrero, la bolsa de mano y lo sienta en el piso; Liz no sabe qué decir en inglés o en *nihongo*, pero en su muy mexicano español piensa: —No mamen.

Se sienta al frente de su clase, cinco niños de entre dos y cuatro años con su perfecto uniforme la observan, se sorben los mocos, se rascan las costras y repiten el inglés con un acento que ni ellos ni la maestra japonesa adivinan es tirándole a chicano. Riku cierra los ojos mientras canta el ei bi ci di i ef lli; inclina su cuerpecito a la derecha... Y luego a la izquierda... Y luego para atrás. Ahí el respaldo de la silla lo frena y el niño abre los ojos entre sorprendido y asustado.

Asciende a 3,875 el número de víctimas
de la neumonía atípica de Asia (SARS)
en la comunidad mundial.

Liz enarbola una sonrisa *fake* y engatusa la poca atención que ha logrado obtener del resto de la clase. Mientras desliza los tarjetones que muestran una letra y una figura, las partes del cuerpo, dibujos del clima *and so on*, Liz observa el balanceo de Riku y no sabe si sentirse halagada porque el niño cada vez que abre los ojos repite la palabra que ella ha pronunciado o sentirse una torturadora comerciante de infantes en Sudáfrica, donde niños de tres años de edad son metidos a unos túneles a fabricar ladrillos (eso lo vio en

una revista de UNICEF) que venderán sus padres para sustento de toda la familia, niños con estrés, niños que saben cuál es su misión, que saben que no pueden y no deben equivocarse, niños con hambre o enfermos de SIDA, niños de Sudáfrica o del ghetto judío atorados en el muro por traficar víveres o sin ir más lejos: niños del semáforo de cerca de su casa en México que hacen gárgaras de gasolina y escupen fuego.

Su asistente, la maestra japonesa, le encaja un vistazo extrañada y toma a Riku en sus brazos. La joven *nonnativespeaker* repasará esa mirada una y otra vez, esa tarde, esperando su camión de las 6:15 y buscará una explicación lógica, una explicación acorde a la filología japonesa y otra de acuerdo a su karma enredado que, según le dijo su abuela, no pintaba bien esa semana. Liz inicia la ronda de canciones gringas que el libro de texto ordena deben cantar los escuincles (aunque el libro es para niños de seis años en adelante). Liz dibuja de nuevo la sonrisa Colgate pero sus pies no atinan a moverse. Observa a los niños, a Riku (que repite la canción aunque no puede mover los brazos), a la maestra, a Riku, a las sillas liliputienses, a Riku, a la compresa fría, a Riku abrazando a la maestra. Recordó la noticia de un alumno de preparatoria que murió de neumonía por ir a jugar con su equipo de futbol estando enfermo. Pero cómo iba a No Esforzarse, cómo, esa presión de grupo, del honor, de no hacer menos que los otros. Una serie de preguntas ataca su sonrisa como un huracán a una bandera. ¿Qué es el desarrollo entonces? ¿Para qué tanto dinero y relojes y bolsas de marca? ¿Para qué ser un niño del primer mundo, en escuela privada, con padres graduados de la universidad más prestigiada si el niño está estresado, enfermo y repitiendo palabras que no forman

parte del currículo vernacular? En su país no mandan a los niños con fiebre a la escuela. Y menos a clases de un idioma extranjero a las tres de la tarde siendo que el niño llegó a las ocho de la mañana. ¿Por qué no llaman a su familia para que vengan por él y lo lleven al médico? ¿Por qué no lo acuestan a dormir en los sofás bonitos de la entrada? Ese alumno no llegó a la escuela con fiebre, una vez en su clase empezó la temperatura —manifestará la directora de la escuela esa misma tarde, cuando la cite en su oficina.

La asistente hace la mímica correspondiente a la canción mientras Riku se cuelga de su cuello como un bebé orangután. Liz también sigue a la maestra pues no conoce las canciones gringas del libro (ella no fue a clases de inglés antes de los doce años). Es su primera vez, piensa, no pueden exigirle que domine el programa. O a lo mejor sí, y por eso indagará esa tarde en la banqueta. Mientras canta se da cuenta de que su voz ya no es la misma, es más grave, carrasposa, de alguna forma exigua y punzante.

ALERTA NACIONAL: Un médico taiwanés
contagiado de SARS viajó por Osaka, Kobe
y Nara el día de ayer.

La música frena y la asistente ordena a la masa infantil trasladar sus sillas a las mesitas y tomar sus libros y colores del bolso de mano, ya que vamos a colorear los exóticos y desconocidos ideogramas occidentales, cosa que Liz corrige y dice: *they are plain letters, not ideograms*, a lo que los niños no dicen ni pío. Se reparten fotocopias con la letra "E e" y el par de maestras se dedica entonces a conversar con los niños, es decir, les obligan a practicar la fonética anglo-

sajona tal como dice el programa. *E-e-elefant*, *red elefant*, *grey elefant*. *What's your name?*

La asistente se acuclilla junto a los niños y les ayuda a colorear. Liz, de pie, con dolor de cabeza, les pide que repitan *E-e-elefant*, sonríe y les pregunta el nombre a cada uno, con voz rasposa y haciendo pausas para soplarse la nariz. La maestra le indica en voz baja que hay que ayudarles a colorear porque están demasiado chicos para hacerlo bien y a tiempo, a lo que Liz no contesta pero se pregunta por qué no darles más tiempo y menos *input* o por qué no darles un juego acorde a su edad. Ante las cinco opciones a las que ha de acercarse, opta por la más lejana a Riku, que ha dejado caer la compresa de su frente y llena de mocos el uniforme y los dedos.

El médico taiwanés sostiene que no sabía
que era portador del virus al momento de entrar
en territorio nipón.

La asistente observa la clase y apunta algo en su libreta. Liz se ha puesto nerviosa. Hace un par de meses, en otro *kinder job*, por saludar con el típico *give me five* a una niña nipona terminó contagiada de varicela. Por ser empleada de medio tiempo la escuela no se hizo cargo de sus gastos médicos, así que no sólo perdió sus ahorros sino también los ingresos planeados ya que no pudo trabajar en tres semanas de infierno ampollístico. Eso sin mencionar el proceso burocrático que ir al médico significa en Japón, los comentarios del doctor quien supuso era una prostituta filipina y le recomendó un par de semanas sin sexo y la enfermera que dijo que seguramente no tendría seguro médico cosa que en esa época no era cierta pues tenía seguro

de estudiante. Y ahora Riku, en su primer día tuvo que aparecerse un niño enfermo de gripas extrañas. A Liz se le cierra la garganta y un dolor se le asienta y no hay forma de sacarlo, ni con agua, ni con saliva, ni con dulcecitos que de milagro traía en el bolso de mano. Como alguate ahí pegado... De pronto piensa en el SARS, pero en Japón no hay SARS, repite para sí. Aunque, improvida, una reflexión aterriza en su cerebro: para una mexicana (o peruana o brasileña o lo que sea) estas enfermedades niponas simple y sencillamente no existen en su mundo natal así que todas son SARS, todas son microorganismos que su cuerpo nunca había conocido y enfrentado. Plantas, moscas, mosquitos, arañas, hasta cucarachas (Liz se fija mucho en la forma de los insectos)... Todos son diferentes. En forma, en color, en tamaño. ¿Por qué virus y bacterias no tendrían formas diferentes, desconocidas, exoplanetarias? ¿Será por eso que acá se enferma de gripas estúpidas a cada rato? Riku suelta un grito, de la nariz al uniforme chorrea sangre y sus ojos se vuelven monumentales.

Se han desinfectado todos los hoteles
y restaurantes pertenecientes a su itinerario.

La asistente se sorprende y ordena a Riku acercarse, le explica que está ocupada colocando una cinta con la canción final: *Head shoulders knees and toes*. Riku llega tambaleándose y la joven sonríe. Es lo bueno de tener una asistente, piensa Liz. Una asistente explica en japonés la clase para que los niños entiendan, eso es todo —señalará la directora mientras la muy renombrada asistente se asoma por la ventana y ve a la nueva maestra de inglés sonándose la nariz y argumentando quién sabe qué cosa.

Toma este pañuelo y póntelo así, ¿ves? No hay problema, ahorita frena. Dicho esto la joven levanta la cabeza y observa a la seudo *native speaker* que mira estupefacta al niño que no inclina la cabeza hacia atrás ni le ha sido indicado tal remedio de física elemental y así cómo va a frenar la hemorragia, pregunta. No hay problema, no interrumpas la clase, hay que explicarles qué hay que hacer en la canción. Liz explica entonces la mímica (ésa la aprendió en su *job* pasado), dándole la espalda al niño enfermo. Cuando se empieza a relajar (a pesar del dolor de garganta, la neuralgia, la nariz tapada) y a cantar a viva voz, Riku se acerca, sin el pañuelo en la nariz, chorreando sangre y con los brazos abiertos a integrarse en el círculo. Liz se sorprende al sentir su mano en la suya, retira su brazo y da uno dos pasos atrás. La maestra dice déjalo jugar. Pero Liz insiste en que al agachar la cabeza sangrará más. El niño sonríe, todavía escurriendo la nariz, y se acerca con paso lento y brazos abiertos, como *Chucky* lo haría en una pesadilla. Liz grita y salta en sentido contrario. La música no frena, los niños confundidos no saben si seguir con la mímica o saltar como su maestra. En la cabeza de Liz, donde todavía retumban recuerdos de hospitales, cuentas impagables, traducciones del japonés al inglés al español y viceversa, el llanto de su madre y las recetas de su abuela con hierbas inexistentes en la isla nipona, sólo hay una cosa muy clara: que no se me acerque.

Riku se balancea lento de un lado a otro como trompo en las últimas vueltas. Hasta que... ¡Pas!: cae inconsciente en medio del círculo de amiguitos que se le quedan viendo con las manitas apuntando hacia su *mouth*. Fin de la canción. La maestra toma al niño en brazos, lo despierta rápidamente y lo sienta en una

sillita. Hace una breve llamada desde su teléfono celular. ¿Y por qué no llamó antes, eh, a ver? —preguntará la nueva maestra alzando el tono de voz. Después la joven asistente anuncia que la clase ha terminado. El reloj marca en efecto 3:42, hora en que se debe terminar la clase para que en tres minutos los niños alisten sus cosas y hagan una fila ante la puerta, diligencia en la que están los alumnitos cuando la directora del *kindergarten* aparece en la entrada.

> En siete días el gobierno japonés emitirá un comunicado esclareciendo si el virus del SARS ha sido detonado en Japón o no, una vez que se registre el número de contagiados, de haber alguno, por dicha visita.

Liz no sabe a quién echarle la culpa. Apenas y respirar puede, sentada en la banqueta, esperando el camión frente a un castillo rosa con sirenas pintadas en las ventanas. Autobús número 37. Seis quince. En este momento se aproxima a la estación —dice la voz de computadora que sale de un poste iluminado. Si a la maestra japonesa, si a su temor a doctores, hospitales y enfermedades exóticas o a su abuela y lo del karma, tal vez al niño enfermo de quién sabe qué cosa.

En la banca una viejecita se queja porque la extranjera sentada en la banqueta no deja de estornudar. La gente enferma no debería salir así de su casa, son épocas peligrosas, y más los extranjeros, ellos traen las enfermedades raras como la mentada SARS.

Liz carraspea, se sopla la nariz, tose, los ojos lagrimean. Ya me pegó algo este chamaco. ¿Y se puede saber por qué no te acercaste ni un solo momento al niño enfermo en tu clase de párvulos? La joven se

justificó diciendo que nunca le pareció necesario. La asistente se hizo cargo. ¿Y cuando se desmayó en medio de la clase? Bueno, alguien tenía que encargarse del resto de los niños. La nueva maestra titubeó un poco antes de explicar que se paralizó debido a la sorpresa de ver a un niño de dos años en una clase de inglés a esa hora y enfermo, mientras la asistente observaba por la ventana, gesticulando algo a su directora.

En mi país (omitió concienzudamente decir "México") los niños pueden irse a descansar a una enfermería en caso parecido (ajá, sí, cómo no —pensó— seguramente en su Escuela Primaria Artículo Tercero iban a tener enfermería). Se llama a los padres y éstos se llevan al niño a su casa. Lo siento mucho, pero si le tienes miedo a un niño con fiebre, este lugar no es para ti.

Continúa la comezón en la garganta, estornudos, el camión número 37 en este momento se aproxima a la estación. Lo único que quiere es llegar a casa y dormir. Ya ni al hospital a traducir lo que le pasa; ya ni trabajo tiene ni sueldo hasta quién sabe cuándo, mucho menos ahorros para ir al médico ni nada. Estornuda.

# Anime animal

Dolió mi circulación a cada paso. Un rostro de *anime*, de belleza mística y colores lisos. Irreal. Una cabecita frágil, cabello de navajas y mirada oceánica bajo un filete de pestañas. La vi y me esclavizó. Su nombre era Soo Jin. Coreana, alta, con pantalones grises y estrechos, Channel amarrado al cuello y una bolsa de mano D&G: japonesamente amoldada. Hablaba suave, con gestos de colegiala *nihon*, aproximando el vino mate de sus labios rítmicamente. Ni demasiado cerca ni demasiado lejos.

La noche le maquilló lento. Entramos al bar. Treinta y una personas peleando la respiración. Yo fui invitada por una veterana del grupo "Amantes del Viaje", que es algo así como "fanáticos de viajar a otros países y contar lo que vieron en una cena barata".

En realidad, cada quien tiene sus propias estimulantes razones para entrar a estos *kurabus*. El 70% del grupo son féminas en busca de una casa y sueldo marital, sentadas con las piernas juntas y su delicada manita cubriendo la boca y un *set* de dientes sin *Quality Control*.

Anime Woman se sentó frente a mis zapatos sin nombre y mi suéter verde aceituna, con la mesa de por medio sin dejarle descubrir mi Scape imitación. Las sillas opuestas de la entrada nos regalaron la proximidad de la plática y el juego de nuestros palillos cuando pelearon por la última pieza de *tempura* sobre el plato de cerámica.

Su pupila preguntona y su amable juego de voces me aceleraron el pulso antes congelado, impidiendo a mis dedos sostener el cigarrillo. Mordidas en las articulaciones, temblores y ella...

como diosa preservadora

que al acercarse, acariciaba mi sangre y calmaba el sismo sin llegar a delatar

que ella también dejaba caer su Virginia Slim

de vez en cuando.

*Tres años en Tokyo y un japonés perfecto, ingeniera en bioquímica, investigadora del tejido cerebral, departamento propio y el problema existencial*

de renunciar a todo y volver a Corea.

—...la vida no es más que una fórmula —dijo la bella Soo Jin

aunque eso nos dé origen y destruya...

Diez minutos antes

era yo quien hablaba de no poder más con la vida del país sin sol. ¿Se burlaba de mí? Era mi supuesto lugar, donde había crecido. Pero era insoportable no concordar con el sueño del vecino, mi madre, el maestro, mis amigas. Una kōkōsei, una mujer extraoficial, una niña con el cuerpo y las ideas demasiado crecidas. No cabía en sus rígidas posturas. No me atraía esa vida monitoreada, quería inventar una sólo mía, lejos del idioma en el que vivía enmudecida.

—Primero asegúrate una vida cómoda. Eso es lo que hice yo. En Corea jamás hubiera reunido el dinero que he hecho aquí. Es difícil vivir en Tokyo, ir al laboratorio, trabajar medio tiempo en el *snack bar* y todo lo demás. Quiero volver a casa

relajarme y descansar

de las horas en trenes
y los *salary men*.

—Eres tan joven...,
dijo dos o tres veces.

Sus ojos de almendra y su sonrisa borracha me invitaron a un bar cercano con dos amigos de ella.
Y ... Mmm ... Bueno,
¿qué más podía hacer?
Tal vez era ese tipo de mujer a quien también
le gustan los hombres.

Tomé mis cosas y la seguí. Sus amigos eran simpáticos. Bien para pasar el rato y tomarme un licor de *umeshyu* gratis. Ojos de nuez se las arregló para tocarme la pierna y servir a Yamada-san una cerveza casi negra. Regaló a mis medias esmalte de uñas Láncome y a Don Takabato mentiritas de pestañas Revlon. Uno de ellos pagó mi cuenta y vaya suerte que no curioseó bajo la mesa o se hubiera topado con nuestra otra fiesta.

Hora y media y dos trenes más tarde llegamos a su departamento. No era tan bello como Ojos de Anime. Olía a tabaco. Al menos estaba alfombrado y tenía cortinas blancas. Tenue Acid Jazz. Su acento degustó un poco de vino y jugueteó con mis piernas en la alfombra.

Me hubiera gustado hacer del nombre "Amantes del Viaje" un práctico enrolamiento de papel arroz, pero lo único accesible era el alcohol así que reprimí la voz invitación y dejé que Niña Manga se embriagara con mi olor y vino blanco, con caderas agrias y besos de sombras.

Ella quiso tomar un baño.
Mi piel siguió acariciando el *futon* en tibiedad.

Como todo intruso en casa nueva, revisé cada cuadro en la pared, cada revista, cada adorno de cerámica ... Hasta toparme con el librero.

Oí el agua correr.
Seguramente haría escala en su ombligo triangular.

No me sorprendió saludar a Murakami Ryu
forrado en pasta dura, diccionarios químicos,
poesía de Kyoto y revistas con órganos y *kanjis* que nadie se aprende.
Los estantes gritaban títulos y recetas.
Yamada Amy, Yoshimoto Banana
deletreaban sueños y finales.

El agua silenció.
La paz del *ofuro* me invitaba
a dormir
en el oscuro hueco entre sus labios,
a detener
entre mis dedos sus navajas.

El vapor golpeaba los colores. Un tintineo en el agua me recordó el cabello húmedo esperándome.

—Demasiados hombres... ¿Será por eso?...

Mirada de Almendra lloraba. Sus lágrimas caían entre quejas tibias al agua. Ya no había vapor cortineando mi voz desnuda.

—En Corea... En Co-Corea...
—Entiendo —dije acariciando su cabeza.

Pero la verdad no entendía nada. Me dijo algo del honor de su familia, y que no era exactamente yo sino todo su ritmo de vida, que si qué sabía del confucianismo, que si era yo budista. No quise responder.

Si no era yo por ser yo, entonces ¿por qué las lágrimas? Tal vez la discriminación a los coreanos y los *sex tours* a la península. Invasión, secuestros, violaciones: rencor a todo lo que tenga que ver con los *nippones*, vistos como una holística masa de arroz blanco. Algo dijo de su *arubaito*, además del laboratorio. Ser química está bien pero nunca eso de bailar con el enemigo en un *hostess bar* y servirle *whisky* tras la sonrisa Shiseido. Qué asco. Tener que pasarse opiniones a tragos de *mizuwari* sin poder escupirles. Podía sentir su sangre sublevándose. ¿Qué sería yo para ella? Me sentí como un último grano de arroz en el plato.

Dijo que era su primera vez con una mujer.

—Eres tan joven —dije yo
y le di un beso en la frente.

Ojos de nuez
Giró la espalda
me maldijo y
pidió que la dejara sola
e n S U – *O* – *F U* – *R O* .

Salí tratando de calmarme y me pegué contra la pared, cerca de las repisas. Escuché a cada libro gritarme su origen y final que describió Soo Jin. No podía

creerlo. Yo pensé que en Japón era imposible conseguir lo que ahí se escondrijaba.

Tras Murakami, polvos blancos.
Anime Animal
dijo que yo la había obligado
que mentí en cuanto a mi edad,
que ella estaba ebria.
Tras Yoshimoto, cápsulas de sueño.
Filete de Pestañas reportó mi nombre,
mi casa, mi escuela,
y exigió un proceso
de rehabilitación.
Tras Yamada Amy, agujas sin receta.
Belleza de Mierda
me encerró en esta oficina
pidió carta de disculpa
y remuneración económica.

¿Cómo pensó que podría aguantarme?

Osaka, Japón (mayo de 1997): "Japonesa menor de edad declara haber sido drogada y ofendida sexualmente por coreana asidua a altos estimulantes químicos y ex-hostess en la zona de Ginza. La sospechosa busca apegarse a su condición de ebriedad para anular el cargo. Existen ya pruebas agravantes de sustancias tóxicas en el lugar del hecho".

# El espejo

No puedo recordar qué idioma era, si existe o si lo inventé, como dice mi madre que se inventan las cosas que no se pueden ver. La luna era visible noche y día, con un aura rosa que más tarde aprendí era generada por los tóxicos en esta atmósfera y no por la del satélite. Los gestos de las criaturas en la calle eran lineales, apenas redondeaban las barbillas, con bocas blancas y cuadradas. Los brazos se movían como los de muñecas electrónicas. Me parecía que las voces hacían sonidos como los que deben de hacer los delfines bajo el agua. Había mucho, mucho ruido tras la barahúnda. Como un serrucho cortando madera, como silbidos, el ruido fue cobrando ritmo. Después entendí que eran los monorrieles.

De la mano de estos entes había largos hilos que sostenían muñecos de peluche. Los muñecos se movían como cachorros, hasta pensé que lo eran. Pero me acerqué y noté que su movimiento era mecánico (a veces alguien los manipulaba control remoto a unos metros de distancia), que sus ojos eran de metal y su ladrido como el sonido de un juguete precario. Defecaban canicas sin olor, de colores brillantes. Los entes recolectaban las canicas y las guardaban con algarabía en bolsas de tela transparente (ya nadie usaba plástico).

Había nubes bajas alfombrando el escenario. Todas las criaturas vestían igual, unos trajes plateados de estilo deportivo, no se sabía cuáles eran hombres y

cuáles mujeres. Los zapatos tenían resortes integrados (supuse) que los ayudaban a caminar más rápido, como saltando. Las manos... En ese momento deduje que eran humanos: el traje plateado acababa en la muñeca. Entonces nacía una mano humana, una mano de carne y hueso, de cuatro dedos y un pulgar imprescindible; maniobraba hábilmente velocípedos, llaves, teléfonos celulares y los largos listones con robots mascota.

Había también los que caminaban sentados, en una especie de carrito de campo de golf mezclado con silla de ruedas. Los carritos hablaban y de esa forma no había choques entre ellos o sorpresivos encuentros con los transeúntes. Cuando la niebla se fue disipando, vi los rostros bajo los trajes (éstos eran como un traje de buzo y tenían el gorro pegado). Fue hasta que, en la entrada de un edificio, noté que al cruzar la puerta los entes descubríanse la cabeza, una vez a salvo del oxígeno endurecido por el frío. La boca también se revelaba. No eran cuadros blancos bajo la nariz, eran tapabocas flotantes que se retiraban con la mano, eran parches sin elástico tras las orejas. Los cabellos eran blancos, azules, púrpuras, grises... Sin la capucha estirando su piel hacia atrás pude ver que tenían rugosidades acentuadas... Eran todos unos longevos.

El edificio tenía paredes de cristal. Entonces me pregunté quién era yo y qué estaba haciendo ahí. Observé el cristal pero no me devolvía ninguna imagen. Permitía ver lo que pasaba detrás sin dejar que ni un reflejo de luz interrumpiera esa visión. Un espejo, pensé. Necesito un espejo. Caminé hacía otro edificio donde las paredes no eran transparentes, sino como de aluminio. Algunas luces y colores se reflejaban

como manchones de pintura. Ni una señal de mi propia imagen. Caminé por entre los carritos y las voces y los listones y entonces capté que yo no me había enredado con ninguno de aquellos lazos... porque no tenía piernas...

Sentí un escalofrío, los longevos no parecían molestarse cuando grité y busqué mis manos congeladas. Corrí sin dirección y el ruido del serrucho se agigantó a tal grado que mis propios pensamientos ensordecieron. Estaba frente a un tren, frente a varios, unos eran tan rápidos que a su paso rugían como un maremoto. Los había más lentos y entonces el serrucho. Los entes de los carritos se dejaban elevar por unas grúas gigantes que los extraían de sus asientos y tras volar en una especie de hamaca flotante los depositaban en los sillones de los trenes. Entonces amarraban su cuerpo endeble y se entretenían viendo el televisor personal frente a sus lugares. Mi cuerpo y mi ansiedad se acercaron al hombre tras la venta de boletos. En el baño debe de haber un espejo, pensé. Pero no atinaba a preguntar nada porque de mi mente no salía ningún idioma. ¿O acaso me estaba vedada la capacidad del habla? Confirmé que no tenía piernas, pero el miedo me obligaba a cerrar la vista y no ver el resto de mi figura. Sentía mis manos, pero tampoco podía verlas. Entonces agaché el rostro y mi cabeza dio una vuelta como si fuera una pelota independiente de mi cuello. ¡Necesito un espejo!

En una columna de la plataforma vi el anhelado cristal. Corrí en una especie de deslizamiento y entonces me topé con un niño, con un niño que se parecía a mí cuando la infancia. El niño me vio, me sonrió al mismo tiempo que yo le sonreí. El espejo no es más que un vidrio, me dije, y del otro lado está un niño

que me ve. Mientras mi ser recobraba la identidad escuché el eco de una voz aguda que se enganchó en mis oídos pero no en la memoria: —*Mata, ne.*

No puedo recordar qué idioma era, si existe o si lo inventé, como se inventan las cosas que no se pueden ver.

Para el año 2050 se proyecta que aproximadamente 40% de la población japonesa será mayor de 65 años, 50% tendrá entre 15 y 64 años y 10% será menor de 14 años de edad (*Handbook of Statistics-Manual de Estadística, 2003.* Buró de Estadística de Japón. Ministerio de Administración Pública, Correo y Telecomunicaciones).

# Hai, hai

—Ay, no, de plano, qué mala época —dijo Mama-san a Chiaki—. He estado observando otros bares y por eso contraté a estas niñas, resulta que la moda son las de veintiún años, y en el bar del primer piso, traen maxi, no mini, para verse e-le-gan-tes, podríamos intentar eso; este no es un bar de putas, es para gente educada, por eso cobro lo que cobro por una botella de *whisky*.

Mama-san taladraba el oxígeno con su cigarro y vociferaba en dialecto de Kansai. Chiaki, la administradora oficial, se limaba las uñas, llenando el vacío del karaoke descompuesto con su rascar y rascar sobre el esmalte leproso. La Coreanita soltó una risa llena de cacahuates masticados: e-eunme-de-de mi renta, jajaja.

—¡Válgame! ¿Tu qué? ¿Ya estás ebria? —dijo Mama-san oscilando la mirada desde la gordura de su vieja amiga hacia el perfecto maquillaje de dos chicas que por primera vez trabajaban en su bar.

La Coreanita se fue al otro extremo del bar gesticulando como una almeja a la que se ha bañado en limón. A cada rato veía el músculo saltado de sus pantorrillas y sonreía, después volvía rápido al gesto pre-llanto y a nerviosear sus manos por el cinto plateado, las pestañas ficticias, el trapo sobre la barra. Mama-san enlistó una serie de comandos a Chiaki. Después salió de la oscuridad artificial hacia la calle Midosuji.

La Coreanita y sus pechos copa D lograron aterrizar al otro extremo de la barra. Inspeccionó con la mirada a las dos nuevas jovencitas y se largó al cuarto de maquillaje con los sensuales movimientos de un hipopótamo hembra. *Anawa... Connaa... Shyo... Nai... Nee*

No se te entiende nada, sal del cuarto que ya son las ocho —dijo Chiaki, concentrada en limarse las uñas. Las jóvenes retocaban su peinado.

—Que no puede uno decir nada, pero si así lo decidió Mama-san, pues qué le hacemos ¿Ya estamos viejas o qué?

Mientras hablaba, sus manos se movían ansiosamente del trapo de limpieza hacia el cinto que le cortaba la grasa de la cintura; de ahí a las pestañas gigantes; de ahí a su bolsa-de-mano-Vuitton. Cada diez minutos, sus enormes fosas nasales aspiraban ruidosamente el poco oxígeno que había. Las nuevas trasladaban el peso de su cuerpo de una pierna a la otra, mientras veían el suelo o las sillas de madera. Coreana Hipopótamo fue al baño. Chiaki empezó a comer cacahuates de una canastita. Qué aburrición, así, sin clientes, dijo con la boca todavía llena.

No, mi niña, ustedes no pueden fumar, sólo Mama-san. La nueva tuvo que apagar el cigarrillo en uno de los ceniceros grabados, *hai*, *wakarimashita*, y lavarlo después con mucho cuidado, porque donde lo raspes se te descuenta de tu sueldo, es igual con los retardos, así que mucho cuidado. Chiaki se sobresaltó al ver a la coreana de nuevo tras la barra, ningún ruido anunció su salida del baño, ni siquiera la palanca del sanitario. Chiaki maldibujó una sonrisa y cambió de tema.

—Casi no hay clientes los martes, pero si llega a venir uno, ustedes dicen que qué raro que no esté lleno como la semana pasada, o algo así.

Las jóvenes decían *hai* a cada instrucción y colocaban ínfimas porciones de cacahuates y galletas sobre la barra, frente a cada banco en espera de su cliente potencial. Oye niña, no te traigas esos escotes muy seguido que te van a perseguir estos borrachos, ¿eh? Luego dicen que este bar es esto y aquello. La lima aterrizó en la siguiente mano. Ni se les ocurra preguntar la hora ni el salario, Mama-san las aniquila en ese instante; ella les va a tocar el hombro y les dará el dinero en la puerta, cuando salgan. *Hai*, *hai*. Y si no les gusta, nos llaman y buscamos a otra que entre en su lugar, no hay problema, pero nos llaman. *Hai*, *wakarimashita*. Guardó la lima en la bolsa-de-mano-Cartier y sacó un tirante del sostén de seda para ceñirlo.

—Ustedes nomás sonrían y beban lo más que puedan que ellos pagan y ustedes se llevan comisión. Pero no queremos borrachas. Tiren un poco de cerveza tras la barra, o échenle mucho hielo y agua, que no queremos escenas, ¿verdad, Coreanita?

La mujer contestó con un A-a-A similar a la risa de una caricatura. Después su cara se transformó en una mueca de payaso y caminó rápidamente al baño.

—Esta mujer era bailarina, de las buenas, bailó para el presidente y no sé qué, en las Olimpiadas de Seúl. Digamos que Mama-san se la trajo en calidad de importación, al principio subió la reputación del bar.

Hizo buenos contactos, agregó entre dientes. El teléfono interrumpió los comentarios de Chiaki. *Hai*, *hai*, *hai*. Colgó. Su voz fue dulce y pausada. De no ser porque observaron la escena, las dos jóvenes no hubieran creído que era la mujer de cuarenta años que las había estado inspeccionando. Se quitó los zapatos y tomó otra canasta de cacahuates. Su conversación retomó la aspereza habitual.

¿Y sí tienen veintiún años? Donde tengan diecinueve nos cierran el bar; veinte, todavía.

—*Hai* —a coro.

—Qué obedientes me salieron. A ver si con los clientes son igual de... dóciles, eso estaría bien.

La Coreanita emergió de las cortinas que separaban la cocineta de la barra y modeló sus te-nis-nuevos al resto del equipo. Chiaki se tragó los cacahuates que tenía en la boca y abrió los ojos hasta que parecieron redondos.

—Gordísima idiota, ¿se puede saber qué es eso? Ve y cámbiate que ya viene Mama-san con el vicepresidente de la otra vez.

La Coreanita no pudo contener un gesto de bebé, una lágrima y un parpadear muy rápido. Chiaki cambió su voz a la que usó para contestar el teléfono.

—Se te ven muy bien, pero no es el momento. No es que se vean mal, es que con la falda tan bonita que traes se ven mejor las zapatillas, ¿no crees?

La Coreanita se metió de nuevo en el *otearai* y no salió sino veinte minutos más tarde, cuando Mama-san ya estaba inhalando nicotina en el centro del bar y metiendo pedazos de algodón en los sostenes de las nuevas.

—El gerente llega más tarde. Chiaki, pásame los recibos de ayer y prepara el cambio para tener disponible en caso necesario. Tú, niña, me interesa que se te vea más *oppai*, pero los escotes tan acentuados no nos convienen por aquí. Jamás traigan pantalones y por su propio bien, pónganse medias, que luego andan por ahí levantando malos pensamientos.

Chiaki tomó la bolsa de plástico que Mama-san trajo al bar. Dentro había unas verduras, cacahuates y un frasco pequeño de tono oscuro.

—Mama-san, Mama-san, traje fotos, jajajaja —la voz de la coreana era cada vez más aguda y estruendosa.

—¿Qué es esa risa?

—¡Traje fotos, traje fotos!

—Deja de gritar. A ver, muéstralas.

La Coreanita se fue saltando al cuarto de maquillaje. Mama-san comentó algo sobre las fotos de Seúl de la otra vez, les dijo a las nuevas que esa historia se la aprenderían de memoria. Dicho esto se sentó en una mesa como si fuera cliente y prendió un cigarrillo. El vicepresidente llamó para cancelar. Mama-san no quiso ni tocar el teléfono. Hizo una seña a Chiaki para que la negara y absorbió despacio la nicotina. Su vestido era de un beige liso y largo, sus manos portaban anillos y reloj de joyas diseñadas especialmente para ella, según dijo a las nuevas *hostess*: ustedes pueden llegar a recibir regalos como estos, ¿saben? Las jóvenes sonrieron sin molestarse en colocar sus manitas frente a la dentadura.

La Coreanita volvió con un álbum amarillento y titubeó antes de sentarse con Mama-san. A mí no, yo ya las vi mil veces, a las nuevas, muéstrale tus fotos a las nuevas. La voz de Mama-san se partió en dos, como leche oxidada que se ha puesto a hervir. El tono grave dejó escapar la nota de una mujer anciana. Caminó hasta la mesa donde la Coreanita organizaba las hojas sueltas de su álbum. La vio largo, muy largo. Las nuevas esperaban alguna indicación. Mama-san absorbió más nicotina y le dijo a la coreana que tenía que dejar el bar.

La Coreanita sonrió. Ella no iba a ningún lado, si acaso a Corea y Mama-san la regresaba en un avión igualito al que la subió cuando se la trajo. Las jóvenes, de pie, sus manos enlazadas a la altura del ombligo.

—Chiaki, prepárame un *whisky* y cuida de no darle más bebidas a la coreana —la voz de Mama-san era lenta y pesada, como un futón al desenrollarse:

—Só-lo-a-gua.

—Pero... Si aquí no ha tomado nada...

La mirada de Mama-san se detuvo un par de segundos en los ojos de Chiaki. Agua, repitió. Las jóvenes giraron su vista hacia el karaoke apagado y las sillas perfectamente ordenadas. Chiaki vació una dos tres gotas del frasco negro en un vaso con agua. Después colocó dos hielos y mezcló a lo *mizuwari*. Finalmente, alargó el vaso a la ex bailarina. La Coreanita, con los ojos rojos y una expresión seria que no encajaba con su rostro obeso, fue a sentarse frente al par de cuerpos esbeltos y abrió el álbum. El líquido desapareció en su garganta.

En las fotos su rostro era difícil de reconocer, era muy delgada, a veces usaba pelucas con cabello de un metro de largo. En el escenario lucía vestidos típicos de Corea, podía arquear su espalda hasta tocar el piso con la peluca, explicaba. Tras medio álbum, se sintió un poco mal y fue al sanitario, Chiaki le ayudó a cerrar la puerta. Se alcanzó a escuchar su respiración entrecortada y una voz subyugada por gases en la garganta. Mama-san apagó su cigarrillo a la mitad y prendió otro, y otro. Las jóvenes hojearon el álbum hasta las once, su hora de salida. Chiaki las acompañó a la estación del tren. Cuando volvió, Mama-san tomaba un *whisky* en las rocas.

—Si te preguntan por ella, di que se regresó a su país, no quiero que digan que mi bar tiene mal karma, mañana ponemos incienso bien temprano y se acabó. A los de la ambulancia diles que no la conocías, nada de prensa. A ver cómo conseguimos que entren aquí

los clientes del bar de abajo, que los inviten a entrar estas niñas, nadie las conoce y vendrán por curiosidad.

Chiaki llamó a la ambulancia y repitió la historia de Mama-san. Cuando se quedó sola en el bar, después de recibir a los paramédicos y despedirlos recomendándoles venir al bar un día de esos (como Mama-san le indicó), abrió una bolsa de cacahuates y, sentada sobre la barra, comenzó a limarse las uñas de los pies.

# Leyenda sin tierra

A Aschwin Van Alphen

## I

—¿Y TÚ, QUÉ HACES aquí?

El niño con alas de cisne en la espalda no contestó.

—Sí, tú, ¿qué haces aquí? ¿No ves que en Japón no hay ángeles?

—No soy un ángel.

—Pues pareces.

—¿Y tú, qué haces aquí? No eres japonesa, ¿qué eres?

—No lo sé.

—Yo tampoco sé que soy, pero no creo ser un ángel.

—¿Has visto alguno?

—No.

—¿Has visto a Dios?

—Jajajaja, ésa sí estuvo buena.

—¿No crees en Dios?

—No. Nunca. Jamás.

—Órale.

—...

—Pues aquí son budistas.

—Qué nueva tu información.

—Ellos no te van a querer si les muestras tus alas. No les gusta nada que se acerque al cristianismo.

—Uno: el concepto de ángel no se originó en el cristianismo; dos: que no soy un ángel.

—Pues buena suerte.

—Igual.

—...

—...

—¿Por qué me sigues?

—No te estoy siguiendo.

—¿Vamos a donde mismo?

—Esa es la cosa: si iremos...

—¿Es invitación o rechazo?

—Es una duda.

—Pues parece que sí vamos.

—Voy a Kumamoto —dijo él.

—*So do I* —confesó ella.

Los ojos del ente alado no llegaban nunca al iris de los de ella, redondos. Estas alas son un accidente, dijo, no sé qué hacer con ellas. Así llegan las cosas importantes a nuestra vida, expresó la niña. Las alitas de cisne se estiraron y se estiraron. Después se volvieron a encoger y se sacudieron como si estuvieran temblando.

## II

Soñé que estaba en un barco lleno de gente secuestrada. Era un barco de madera, vaivén, olas, estábamos muy cerca de la orilla de la playa. Había gente de todas las edades, olían mal, no había baños, ni agua, ni comida, todos peleaban y discutían. Yo me asomé por una de las ventanillas y vi a una mujer blanca caminando en la arena. Era de cabello rubio hasta los tobillos, con un vestido largo y blanco, muy limpio. De

la mano llevaba a una niña de unos cinco años. Ambas eran hermosas, la niña era también rubia y de rizos largos. Caminaban hacia el barco. Yo no podía creerlo, quería decirles que no se acercaran, que era peligroso, pero no salía voz de mi boca y la pareja subió las escaleritas y se sentó frente a mí, en medio de la gente sucia y ruidosa. Alguien dijo que los secuestradores se aproximaban en otro barco, que venían por nosotros. Alguien dijo que si iniciábamos la guerra podríamos ser libres y todos de pronto tenían un arma y apuntaban y hacían fuego y balas penetraban en el barco. Gente moría; la mujer blanca desapareció y la niña me veía con sus ojos enormes. Yo le abracé y huí por un pequeño agujero que conectaba a otra sección del barco, con la niña en brazos. Cuando salí del túnel, llegué a un museo. Ahí el sueño se tornó blanco y negro. En el museo se conmemoraba el cincuenta aniversario del episodio del barco y había fotos gigantes de las personas que yo vi gritando y disparando. En alguna foto aparecía la niña, tal como la veía ahora, junto a mí. Otros carteles enlistaban el fin de los sobrevivientes: sus empleos actuales, sus direcciones y edades. Yo no me encontraba en ninguna de las fotografías, ni en la sección de secuestrados ni en la de supervivientes. De repente sentí mucho miedo, no recordaba cómo era la forma de mi cuerpo ni la imagen de mi cara. La niña, a mi lado, dijo: *Why are you so afraid?*

—*I'm not afraid* —contesté.

—*Yes, you are.*

—Nou.

—*Don't you wanna know were you are?*

—Nou.

—*Are you sure?*

—*What? Do you know everything?*

La niña sonrió. —*Why are you so afraid? We are all ghosts anyway* —dijo lentamente.

Mi espalda vibró en escalofríos.

—*We are all dead anyway* —volvió a decir la infanta con sus ojos clavados en mí.

Mi corazón y mandíbula golpearon sin control. Todos... Muertos... Vivos y muertos. El público del museo, la gente en las fotografías, la niña, yo... ¿Desde cuándo?

La infanta salió del museo y la seguí. En el jardín se topó con un niño moreno de cabellos verdes y ojos oscuros. Los dos jugaron y rieron, tomados de la mano. Cuando se cansaron, nos sentamos los tres en el césped. Mi mamá no me deja jugar con mi amigo, prométeme que no vas a decir nada. De pronto comprendí que el niño era un ángel. Y supe que yo también sabía que las niñas fantasmas no debían jugar con los niños ángeles. Les dije que si le cortábamos el pelo al niño ya nadie se daría cuenta. Él me dejó hacer y corté su pelo tan chiquitito que parecía rubio. Los dos estaban felices. En ese momento entendí que la niña era yo, y que el niño ángel era el primer hombre a quien amé de veras.

## III

Kumamoto.

Caminaron hacia el castillo. En el rostro de la niña brotó un sudor de raíces gordas, que apenas salen, que apenas se ven. Raíces cristalinas. El viento del aleteo las convirtió en hielo. Sonrió. El aletear de este niño

es tan refrescante, pensó ella. Le preguntó si de verdad podía volar, pues nunca lo había visto y a decir verdad sus alas eran más bien chicas, como las de un cisne cuando las estira en busca de pareja. Él contestó que ¡claro!, sin frenar el paso, sin extender las alas. Sólo distancias cortas, aclaró. ¿Hay que parar para ir al baño?, preguntó la niña. Sí, o una cosa o la otra. Trató de convencerlo para que la cargara un día de éstos que se atreviera a volar. Imposible, dijo él, acariciando su mejilla con la suavidad de las plumas.

Cuando todas las puertas del castillo de Kumamoto se cerraron, salieron de su escondite en uno de los pozos secos y escalaron el muro hecho con piedras de un metro de diámetro. De la tierra al primer balcón había una altura de seis veces el cuerpo de la niña. Después de la mitad del recorrido, el muro tornó su oblicuidad a una aspereza vertical, sin un solo hueco donde encajar los dedos. La pequeña sintió el eco de sus manos en cada una de sus vértebras al comprender que su cuerpo iba en descenso. Terminó en el suelo como miles de samuráis hace tres o cuatro siglos. El dolor en la espalda resonó como el sonido de un *taiko*: grave y preciso. El niño con alas quedó suspendido en el aire como un colibrí eclipsando la luna. Aleteaba con una rapidez que ni él mismo conocía; sus dedos aún buscando el hueco entre las piedras. En el suelo, el dolor de la caída no importaba, el asombro de la niña se convirtió en lágrimas minúsculas, sudor que aparece en la lucha por sueños que no confesamos.

El niño descendió torpemente y cuando por fin tocó la cabellera de su niña, escuchó: veo lágrimas. El respondió: no son lágrimas, es el sudor de mis alas. Ella entendió que no era la primera vez que se moría y que ésta era la muerte definitiva.

—Así es la cosa —dijo como pudo—, tarde o temprano los muertos se mueren de veras.

—Pero, ahora ya puedo llevarte a volar por ahí, podemos subir al castillo, podemos hacer tantas cosas.

Pero la niña ya no escuchaba y el joven alado supo que lo que sentía era más duro que el dolor de la caída, si hubiese resbalado. No volvió a volar, pues decía no tener para quién. Sus plumas se volvieron grises y ya no se le vio rondar castillos japoneses ni templos europeos. Le dicen el ángel del amor imposible y se le escucha aletear cuando un noviazgo termina.

# Metrópolis

*zum zum zum*
tra tra tra
El tren gira y cambia de color la ventanilla.
zom zom zom
Traqueteo sobre un aire caliente que me ahoga.
zuuuuuuum
Pareciera que el tiempo y los trenes
han hecho algún convenio y nos barajan
como el niño que juega con hormigas en la caja de vidrio.

TSUGI WA JUSO DESU JUSONI TOMARIMASU

Me lame el quejido de las vías del tren
machacándose bajo este enorme intestino de hierro
de norte a sur devora nuestros cerebros; los
convierte en sangre productiva, eficiente, callada,
perfecta...
tra tra tra tra tra
Pensemos, pensemos en algo para pasar el rato.
...Mmmm...
Tengo hambre.
...No, no mucha...
A ver, qué tengo que hacer hoy:
...Lavar los platos, lavar la ropa, leer como loca para
terminar la maldita *kenkyū*, qué aburrición...

Tarántula se quedó en casa, su mirada triste me despidió largo, insistió en salir conmigo pero hoy no hace frío. Hoy no necesito una bufanda negra con hilachas gruesas de terciopelo.
zoooooom

Pienso, luego existo.
¿Y si nunca dijeras eso que piensas, si no lo escribieras?
...

¿Si lo olvidaras?
zuuuuum
¿A dónde irían esas ideas abandonadas?
zom zom zom zom

A veces quisiera no bajarme nunca del tren. Y ver a ver qué, hasta dónde. Nomás que aquí sí te cobran por la distancia, no como en el De Efe que sí puede uno dar el rol sin pagar la diferencia.

Camino (si se le llama caminar a resbalar de una espalda a una mochila a una tabla de esquiar a la móvil pared de la que cuelga un mapa) y cada vez duele menos el choque con los otros cuerpos. Examino la línea color café que desaparece al llegar a la estación de Takaratsuka.

tra tra tra tra tra

Si llegara a Takaratsuka y me regresara a Ishibashi sin salir de la plataforma pagaría lo mismo, 220 yenes, pero habría recorrido en tren más kilómetros de los que pagué por recorrer.

¿Y eso para qué —diría Tarántula—, para ver por la ventana lo mismo que se ve en televisión?

traca traca traca traca tra

Dicen que Japón es el país de la fantasía...
Y sí que lo es: una película, un *videogame* en tercera dimensión, pantalla a la cual no pertenezco, que nada tiene que ver conmigo...

No he escuchado mi propia voz desde hace días; busco ojos en donde encajar los míos y no los encuentro; selecciono entre mis memorias algunas menos aburridas que otras. Pienso en español porque quiero practicarlo y no hablar como película mal traducida ahora que regrese (si regreso) a mi país. Japón es una fantasía que sale por la noche, que me camina, que no está cuando trabajo estudio escribo correos electrónicos. Está cuando llego a casa, cuando feliz o triste sé que sólo me tengo a mí misma,
y a Tarántula.

zom zom zom

Tratrá martilleante, grave. Luces sin astrología cuelgan de la oscuridad en las ventanas abiertas como poros de una tripa gigante. Intermitente traca traca de una estación a otra. El roce *shitsureisco* de una prenda de vestir a la vecina bolsa Vuitton. Taladreo suave en la región pituitaria, tamborileo como cepillo de dientes limpiándome la caries de los recuerdos.

JUSO DESU

Sin saber a dónde, cómo, por qué y ese tipo de peculiaridades me dejo empujar por el martilleo hacia el afuera, el afuera que no quiero visitar, el afuera que es el vagón desconocido del viaje hacia mí misma.

PARA TRANSBORDAR HACIA TAKARATSUKA FAVOR DE IR A LA PLATAFORMA 3
FAVOR DE SEGUIR CAMINANDO AL DESCENDER DE LA ESCALERA ELÉCTRICA
PLATAFORMA 3 TAKARATSUKA EXPRESS TRAIN
EL TREN ARRIBARÁ EN UNOS MOMENTOS
FAVOR DE PERMANECER TRAS LA LÍNEA DE SEGURIDAD
BIENVENIDOS ESTE ES EL TREN HACIA TAKARATSUKA HARÁ ESCALA EN TOYONAKA
SE DETENDRÁ EN TOYONAKA DESPUÉS EN ISHIBASHI
EN UNOS MOMENTOS ARRIBAREMOS A TOYONAKA
SE LES RUEGA APAGAR SUS CELULARES POR RESPETO A LOS DEMÁS PASAJEROS GRACIAS POR SU PREFERENCIA

traaaa traaaa traaaaaaaaaaaaa
zom zom zom

Dicen que para quien está donde no le gusta estar es bueno pensar que está en otra parte. Pues habría que pensar que no se está, y ya.

En esta ciudad eso no me cuesta ningún trabajo. Pregunto la hora y un anciano hace un gesto de

espantamiento de moscas con el brazo y torna su cabeza a otro lado. Aquí nadie ve a nadie, polarización extrema. Rostros como silencio de corchea. Nadie habla, nadie estornuda. Hasta por la mañana oficinesca, vagones siete a eme, untados un cuerpo contra el otro, oliendo sudor y alientos, aún así, pretenden obstinadamente viajar solos, sin levantar jamás un comentario, una mirada, una maldición. Hojear de revistas como aleteo de colibríes, libros forrados en papel beige y misterioso, manga pornográfico, dedos arpegiando microcelulares internéticos.

TOYONAKA

Un asiento se vacía. Deprisa alcanzo el sillón y pongo mi bolso en el suelo, frente al espacio vacío, pero una abuela ignora mis pertenencias y arrellana su trasero en mi ahora ex asiento.

TOYONAKADE GOZAIMASU

Y nunca me dio por comprarme audífonos...

La animación que vi ayer, démosla de snack a mi cerebro: "Metrópolis" —creación de Tezuka Osamu, mastican mis neuronas. Un robot humano, un robot niña rubio, angelical. La niña robot es descubierta por un niño humano que la viste, la alimenta, la abraza, le habla. Robots versus humanos. Robots *with* humanos. Robot niña enamoróse de un humano.
*Watashi wa dare?* Preguntó la dulce vocecita al niño estupefacto.

TSUGIWA ISHIBASHI DESU TSUGIWA ISHIBASHI DESU

tra tra tra tra tra tra tra tra tra

—*Dare? Ningen nano?* —pregunta la niña de animación, pregunta una y otra vez: ¿Quién soy? ¿Qué soy? ¿Humano? Su aguda vocecita se ha clavado en mi memoria; ya no sé si es recuerdo ajeno, propio o injertado.

zuuuuuum

Uf, creo que no escogí el pensamiento adecuado para degustar quince minutos de mi tiempo vagonesco. Es difícil levantar una cortina de hierro contra esas frases incisivas. Llegan así, de repente, pensamientos sin visa para entrar a mi cerebro. Interrumpen como si no interrumpieran, como si alguien tocara la puerta y uno ignorase el hecho y siguiera haciendo lo que estuviera haciendo. Mas la pregunta se queda: quién es realmente imprescindible.

tra tra tra tra tra

Rueda mi bolso y la abuela ni pestañea. Mis cosas se esparcen por el suelo y no, nadie me ayudará a recogerlas. La indiferencia clava su mirada en la ventana de enfrente o en la pantalla de su celular.

ISHIBASHI ISHIBASHI DE GOZAIMASU
(Yo vivo aquí, *Ishibashi ni*)

Las puertas de los vagones se abren como bocas gigantes.
La gente sale empujando sin la rudeza habitual, mis piernas no se levantan del suelo y heme aquí, todavía dentro del tren, sin ser arrasada por la comunidad hacia la plataforma. Estiro la mano pero la puerta no frena como debiera. Las bocas gigantes se hermetizan frente a mi rostro, tan cerca de la orilla del vagón. El tiempo se ha estancado en cierta parte del cerebro. Hoy no me bajo aquí. Me veo caminar hasta la puerta eléctrica, introduzco el boleto rosa de 220 yenes en la máquina de salida. Pero sigo parada aquí. Un chiflido anuncia que los pasajeros deben permanecer tras la línea de seguridad, que el tren está por arrancar.

TSUGI WA IKEDA DESU IKEDANI TOMARIMASU

No encajo. En este lugar no encajo. Me pica tanto orden y perfeccionismo. Pero allá, en el lugar que se llama *Backhome*, allá el lugar no encajaba conmigo. Entonces la pregunta es Dónde, ¿o es el Dónde precisamente el obstáculo?

Si se pudiera viajar en metro hasta Europa... en *shinkansen* subacuático, ¿cuánto tardaríamos en llegar? ¿Valdría la pena cambiar de metro, de puertas gigantes, de boletos rosas a boletos azules?
Tarántula se desesperaría.
A Tarántula no le gusta viajar en tren. No le gusta. Le gusta la naturaleza, *hanami*, caminar por las montañas, por la arena del mar...
A veces creo que mi psicólogo imaginario tiene

razón: “Tarántula, esa mascotita de la que tanto me habla... Debe de ser su alter-ego”...

*Ningen wa nanni?*

TSUGI WA MEFU-JINJA DESU MEFU-JINJA DESU
EN UNOS MINUTOS EL TREN ARRIBARÁ A
TAKARATSUKA ÚLTIMA ESTACIÓN

Las bocas gigantes se abren, el aire coquetea con mis pulmones, estiro el brazo y no, no frenan las puertas. A punto están de cerrarse cuando una niña con uniforme escolar corre y toca con su pie el acero exterior. Entonces se abren de nuevo las bocas (todas las bocas) gigantes y la niña entra y prende su mano de una argolla colgante.
¿Qué es un ser humano?

traca traca traca

El niño trató de salvar al robot, los humanos querían destruirlo, le temían. El niño siguió, protegió, dio su mano al robot niña rubio. Pero el robot perdió su piel en el transcurso de la huida. Perdió su cabellera rubia, perdió un globo ocular. El niño le dio su mano pero el cuerpo ya caía entonces al precipicio, ya caía.

zuuuuumm

Pobre Tarántula, no sabrá qué hacer sin mí.

*Watashi wa dare?*

zom zom zuuuum

Algún día tenía que empezar a vivir solita, sin la persona imaginaria que toda mascota de terciopelo tiene en su pseudogénesis (como el niño sin su robot, como el humano sin personaje teológico)
traca traca traca traca
Me siento ligera, muy ligera. La ropa no pesa sobre mi piel. La gente compacta sus cuerpos y yo no siento la presión de sus bolsos de diseñador, sus mochilas, sus espaldas. Tal vez el masajeo intermitente en los oídos ha terminado por relajarme.
Ladeo mi cabeza y no pesa nada...

TAKARATSUKA TAKARATSUKA DESU
SHYUTENDE GOZAIMASU

...Tarántula estará bien, estará bien. No le hago tanta falta...

SHYUTENDE GOZAIMASU

Mi mano alcanza la argolla que cuelga del techo, pero la argolla no se engancha de mis dedos.

SHYUTENDE GOZAIMASU

Mi mano... La estiro frente a mis ojos y el metacarpo deja ver lo que hay detrás: un par de uniformados se aproximan...

O WASUREMONO YŌ NI SHITE KUDASAI

Mis dedos semejan una filmina transparente...
*Ninguen nano?*

Mi voz no me obedece... Soy nebulosa, casi tan
nívea como un pensamiento...

—*Hai!* —la voz del guardia de seguridad, tras revisar
que no hay nadie en el vagón, que no se ha olvidado
ninguna cosa dentro— *Daiyōbu desu!*

...
*So nano?*
¿A dónde van los trenes tras la última estación?
...
zuuum

# Hanami

Vane regresa a México. Leo su i-meil en mi celular.

—¿Ya supieron lo de Chiapas? Ahora sí es en serio.

El texto está mezclado con ideogramas debido a la recepción pero entiendo que deja París, enmaleta su estudio truncado y adiós.

—Ajá —dice el Oaxaco Revo.

—Es-en-se-rio, hubo miles de muertos.

Me invita a trabajar con ella de nuevo en derechos humanos. Quiere que deje mi doctorado en Japón y que trabajemos en medio de una guerrilla que ha explotado con la fuerza de un volcán que erupciona tras siglos de gestación... El mensaje se interrumpe pues rebasa las seis líneas.

—¿Chiapas e ondi?

—E en Meshiko.

—Ia se, cara, mais... E su, no e?

—Sí, en el sur.

Don Oaxaco les explica a los brasileños dónde queda exactamente el origen de un movimiento que seguramente contagiará a toda Latinoamérica y él conoce a un tipo conectado que le dijo que.

—¿E como la que traíamo acá en Nicaragua?

—Vamo shekar no meo cuagto, teno intenétche —invita Guilherme.

—Ea, vamos.

Las calles se matizan con nieve rosa, blanca, rosa. Flores caen de los árboles y se deshojan, se equilibran en un viento que se enreda en todas las cosas como el tiempo que nos toca y se va, arrancando un poco de lo que somos.

El parque fronteriza en los *gaijin*, grupo recién formado de nombres y países portoñoles. Sobre el césped las familias niponas, tan compactas como sus cochecitos, tienden manteles de Hello Kitty o Pokemón, se quitan los zapatos y se encuadran anatómicamente al ángulo recto; perfectas cajitas de *obentō* se abren para ofrecer comida minimalista ordenada según los preceptos *zen* con decoraciones de cerezo artificial. Es primavera.

Mis dedos recogen una flor y la ruedan hasta crear perfume, o matarla, que es lo mismo. En esta isla los espíritus vibran al contemplar la caída de pétalo tras pétalo, *hanami*, miles de años en la rueda del samsara que inspiró a Vivaldi. Me parece que la mirada vernacular toma la magia de la naturaleza como siempre blanca, siempre bonachona. A mí me da un escalofrío, hay algo siniestro en este deshojar del tiempo, hay algo que se mutila y que no vuelve más a la rama de donde cayó.

Sobre el concreto, en sospechosa cercanía a la salida del parque: samba, Shakira, Fabulosos Cadillacs; basura no reciclable mezclándose con el césped: botellas de jugo, envolturas y latas de cerveza. Estiramos las piernas sobre la tierra y las movemos de un lado a otro, como si el acto hubiera sido ensayado. Vanesa no haría lo mismo, Vane se levantaría y nos diría en un espích de tres minutos el porqué histórico-social del desgarriate que acaba de empezar del otro lado del

planeta y del cual mis compañeros latinos no están hablando.

Volver a México, hace dos años que no visito el país que titula mi pasaporte. Volver a un lugar y a un tiempo que no sé si existan como los dejé, si se acuerden de mí, si nos llevaremos bien, como un matrimonio que después de separación forzada se descubre jaula de extraños.

El aire atrae el alcohol de mi piel como la luna el nivel del mar. Me dejo acariciar por la frescura y algunos pétalos que resbalan por mi cara. Sonrío y giro mi breve alegría a donde Guilherme sigue comiendo. Sigue comiendo. Me siento una rama de árbol grande y torpe, sin pinceladas.

—¿Que no ya nos íbamos? —escucho lejos, fuera de mi conteo de sílabas— son pura fiesta, se pasan —cinco, siete, cinco—, hubo una matanza, me cae.

Danza en el aire
son flores que amanecen
por última vez.

*

El cuarto de Guilherme está decorado con fotos gigantes de Madonna y todo su grupo de bailarines. El *tatami* cruza una metamorfosis hacia alfombra de ceniza. Volantes de *raves* a los que ha ido en varios países, una foto panorámica de Río de Janeiro y un equipo completo para mezclar *beats* electrónicos.

Nueve metros cuadrados no equivalen al oxígeno requerido por la bola de moluscos hispanohablantes adheridos al quicio de la puerta. Una buena parte se enrosca en el pasillo, risa y cerveza, y sentarse y de

pie y finalmente se ruega, plis, fala serio, la música compadre.

Diyei Sasha, *ichiban* de Inglaterra —anuncia Guil. Está bien papi, bon, nunca lo he visto pelado, agrega con sonrisa amplificada. Emepetrés abre su perfume de *loops* y de babélicos comentarios.

—¿Por qué no hacemos una fiesta de *hanami*? —dice Miss De Efe.

—¿Que no se supone que estamos aquí porque vamos a ver qué pasó con lo de Chiapas? —insiste la voz de.

Brasileira lo ve como quien ve la mosca pasar y seguir pasando y salir del cuarto. Añade como cantando:

—Mais, *hanami* e sentarse en el pasto y faser fotos, los yaponeiseis no fasen festas, minina.

—La vez que puse música en la cocina del dormitorio me llegó una nota de *warning*...

—Bola de escrotos.

—Y no bailan, nunca

—Sí, en los antros, pero ustedes no van —dice Guil—. Ya ta pronto, ken kera shekar a-ún noticiero o a-ún diario intenéchiko...

Caderas coquetas, pies que sambean. Espaldas se sostienen en paredes y botellas. El casero vendrá pronto, y después el jefe de vecinos y después la policía, como siempre. Tanto ruido es ilegal por esta mitad de la esfera.

El Oaxaco no aparece. Ya que nadie se acerca al mundo virtual, me siento y checo mi cuenta de correo. Un mensaje de mi madre enlista los nombres de mis amigas de la infancia que ya "casaron y casaron bien"; que le envíe más dinero al mes porque no le alcanza; que cuándo vuelvo pues la edad es importante para tener novio y empleo... *Delete*; le sigue un

mensaje del Despacho de Crédito Educativo donde mi deuda asciende a 21% de interés anual y ahora el capital es de, los intereses de. El último mensaje es el más reciente:

| | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|
| **From:** | **"Vanesa Colinas" <vane@worldwide.com>**<br>**Save Address - Block Sender** | | | | | |
| To: | Claudia_75@worldwide.com Save Address | | | | | |
| **Subject:** | **me voy** | | | | | |
| Date: | Sat, 31 Mar 2000 11:30:10-0700 | | | | | |
| Reply | Reply All | Forward | Delete | Previous | Next | Close |

paris igual, la primavera nos llega tarde, como siempre, te extraño.
la situacion en chiapas me cae como anillo al dedo para terminar mi tesis, que racistas somos los mexicanos, pero no me la voy a aventar. toda la semana la estuve pensando y me regreso. esta gente me trauma. son unos teoricos, no saben que es lo que pasa, que es pobreza, marginacion, que importa quiendijoque. te acuerdas de mi amiga la de derechos que estaba en el df? pues me invita a trabajar con ella, que porque necesita gente y ya sabes, ser economista y la madre. adios beca y adios francia. es el momento de trabajar. te regresarias? ya le dije de ti, de tu trabajo en monterrey. ocupan gente de comunicacion y tu podrias hacer los reportajes, que onda? tu y yo juntas otra vez, viviendo lo que de verdad esta pasando, que es eso de investigar literatura japonesa, y antigua pa' acabarla, no mames, conectate, de que le sirve eso a la gente?

| | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|
| Reply | Reply All | Forward | Delete | Previous | Next | Close |

—¿Qué? ¿Verdad que sí es en serio? —Don Oaxaco frente a la máquina.

—¿Ónde andabas? —pregunto cerrando mi cuenta.

Fue a llamar a unos contactos, explicó, pero oh detalle, son catorce horas de diferencia.

—Busca en lanetapuntocom —ordena.

—Ah, sí (me voy a CNN).

Cuando conocí a Vanesa me contagió a tal grado que acepté trabajar con ella en derechos humanos y dejar el estudio de la poesía a un lado. Ella quería salvar el mundo y yo mi libreta de poemas. Noches de eterna argumentación y de utopías, de teorías políticas y novelas anarquistas. *But somehow*, mi espíritu no tiene ya esa edad en que los sueños son todavía vírgenes, cuando el Éxito o el Fracaso son estaciones desconocidas.

—¿Tú has ido a Chiapas?

—No —digo muy bajo.

—Yo sí.

Al final de la adolescencia escogí comunicación y no letras porque pensé ayudar a la Gran Causa preparando información. Pero entendí que por más grande que fuera el banquete de revelaciones, el cerebro receptor no dejaba de invernar. Ahora en Japón indago la poesía de otros espíritus, que al final refleja el mismo ser que habita en nuestro idioma, parte de la magia... ¿Qué hay de malo en eso? ¿Por qué insistir en una lucha vieja *and maybe useless* cuando no se sabe bien a bien si es la nuestra? Mi corazón late cada vez más lejos del ritmo que lo persigue. La guerra de Vanesa no es la mía. O será... *Equal roots*, *same tree*, *different bough*.

—Es que no está lejos de Oaxaca.

—Mmm.

—Y ahí tengo unos primos.

—Órale...

—Y andan diciendo que al Sub ya lo mataron los del partido, mis primos tienen un video, dicen que se ve cla-ri-to.

—...

—A ti te vale madres, ¿verdad?

—No.

—Pues parece.

—Pues no.

—...

—Ya encontré algo.

—A ver.

—Chin.

—La ONU envió un equipo de observadores...

—En el DF hay toque de queda...

—Hay cerca de mil observadores internacionales.

—Pinche gobierno.

—¡No estamos en los sesenta! Es el país entero el que no funciona, es...

—Ya rollera, ni has ido, ni digas.

—...

—Chécate cuántos muertos hubo... Y están diciendo la mitad de lo que realmente fue.

—Ei, *that-maybe.*

De las noticias me entero por Vanesa. Me llegan largos i-meils de los cuales sólo puedo leer seis líneas en el teléfono pero que retomo en la cuenta de correo, que si las elecciones, que si la huelga, asesinatos en Chihuahua, fuga de capitales y crisis financiera, devaluación, protestas en el zócalo. Y todo lo analiza y lo revoluciona y le duele. Siempre he pensado que ella ve más y más de esa red eco-política que no entiendo bien a bien y que sin embargo me tiene atrapada como insecto en su telaraña.

—Órale, bombas molotov —dice el Oaxaco desde

una fiesta cuyo murmullo crece mientras él y yo nos sacudimos en la red arácnida.

—Voy por algo de tomar.

—¿Y sabes por qué los pelaron al fin? Porque tienen de rehén a uno de relaciones exteriores.

Camino hacia Guil. Sambea con niñas de São Paulo y del DF. Me invitan. Prefiero ver. Cuando deja de bailar una gota de sudor toma mi vista de rehén y la lleva a viajar por frente, mandíbula, cuello, el pectoral absorbe mi trayecto.

¿Te regresarías? Ya le dije de ti, de tu trabajo en Monterrey.

Preparo un *whisky* a la japonesa, con agua de la llave y hielo. Volver a México...

Brasileira dice que ella dosen guib a dam of wat japens in saudamerica, me descubre tras ella y me dice que qué triste con una sonrisa que pretende ser de apoyo moral. Gira la cabeza y sigue falando: mis melores amigas son las indianas y francesas. ¿Yaponeises? No, eu no teno amigos yaponeises.

La otra mexicana, tapizada en maquillaje, se besa con su novio de tal forma que los que estamos quisiéramos no estar o estar en medio de los dos. Se acerca y me dice "¿Cómo va la cosa?" con el interés de una secretaria en la vida de su jefe. Juego entonces al teléfono descompuesto y repito los datos.

Si lo de los zapatistas es en serio, deberíamos regresar, dice la Jovenunam. Una vez vio al Sub en la escuela. Pero dos canciones más tarde dice que no, que ella va a iniciar una familia, le ha prometido a su novio, tanzanio, que vivirán juntos. No sabe si decirle a su madre o no que va a vivir con su novio, deja tú que sea negro, ya sabes cómo son en México, les va a dar el ataque si no estoy casada. Salud, un beso a la

piel oscura y unos pasos de salsa o merengue o algo así. Yo nunca he sabido bailar esas cosas.

¿Te regresarías?

Los argentinos ríen y ríen y ríen. Eh, che, ustedes si no bailan se mueren, ¿eh? Y ustedes si no nos critican. Jajajajaja. Jejejejeje. A mí me gusta oírlos, me gusta su voseo, su innato mundo cortazariano. Los brasileños dicen que soy yo la que habla en forma musical, que a los argentinos no les entienden nada y que los paraguayos hablan sin tanta "gracia". El Wajako ha terminado su quehacer internético y comenta con los ches Lodesusprimos.

Tú y yo juntas otra vez, viviendo lo que de verdad está pasando.

Las flores, al otro lado del ventanal, abaten pétalo a pétalo, se amusgan en una esquina formando una costra amarillenta. La oscuridad llega lentamente, Celia Cruz bruñe las conversaciones... *La vida es un carnaval*... Pienso en Baudelaire. Eso, tú diles cómo se baila, Ea. Ciudad de México, agotada, se abraza de Tanzania.

Mientras escucho mi curiosidad juega con las pocas páginas de internet en español que puedo leer desde mi *handy phone*: Jóvenes estudiantes se unen al movimiento armado Chiapaneco / Estados Unidos ofrece apoyo al gobierno mexicano pero sus empresarios retiran la mitad de sus inversiones / El peso cae en un 15%.

Es el momento de trabajar. ¿Te regresarías?

Palpita el verde
botón en la corteza
petrificado.

*

La mano de Guilherme aterriza en mi hombro. ¿Y aí, fue serto? Sí. ¿Su familia ta ben? Sonrío. Viven bien lejos, casi en Iu-Es. Le indico que lea el mail de mi amiga.

¿Es ke ela tene familia morando aí? Respondo que no. Wey, ela ta loca. No, no lo está. Pero vose no puede renunciar así a la sua beca y fikar en meshiko, ki salva e mundo ni ke nada. Pero es que... tanta pobreza sin atender, y ahora van a matarse unos a otros ¿Cómo no hacer nada? Ella tiene razón. Pero la sua beca es tan boa... Pero México, pienso, México hundiéndose como la catedral, igualito, rechazándose los unos a los otros; sesenta millones sin saber que acá afuera, acá todos tienen seguro médico, seguro de desempleo, que un hospital público parece lobby del Fiesta Americana y todo camión tiene los asientos de Aeroméxico. ¿Vose no tene ke pagar todos esos crellitos que obtuvo para estudiar la facultat? Sí. ¿Vose cree ke de todos estos ke danzan en el corridor uno solo va a desar todo esto de vivir a u yapoun pra voltar a Meshiko?, ni el Oajako, minina, ni ése, no leen las noticias, cara.

Guil. Enamorado de los kanjis y los ojos alargados, curioso del laberinto underground, ya sea con luz o nocturnal. Con él había conocido Shinsaibashi: antros satánicos, gays, electrónicos; Umeda: bares y peñas portoñolas, cine europeo, diyeis de Honk Kong. Con él había aprendido a pelar camarones con tenedor en el último piso del Hilton, a realizar transacciones con visa electrónica y a robar bicicletas a las tres de la mañana.

Guilherme inicia su concierto hogareño: bossanova con Digweed. Depois de estudar yaponeis vo a traba-

lar para e turismo o una compania yaponeisa, el salario e super-alto, tchía. Hijo de portugueses y blanqueado por generaciones me ha dicho que jamás se ha subido al metro en Río, que fue en Japón cuando colgó su ropa por primera vez a falta de secadora o sirvienta y que en su país no hay pobres si se escoge el lugar adecuado para vivir. Cinco años antes hubiera abominado su tibieza social, su desinterés, su *go with the flow*. Y sin embargo ahora. Hay algo en su manera de torear la rotación del mundo que da frescura, paz, descanso. Es como tener vacaciones indefinidas.

Vanesa, en cambio. Y yo. No nos tocaron vacaciones y cuando nos llegan no sabemos qué hacer con ellas. A lo mejor por eso llevo dos años diseñando excusas para no romper la tranquilidad que respiro en otros idiomas y volver a. No soy el gigante que debe cargar el mundo, no tengo la fuerza. De pronto siento un gran deseo de conversar con el Oaxaco.

*por el suelo hay una compadrita, que ya nadie se para a mirar, pachamama te veo tan triste pachamama me pongo a llorar...*

—Eso de pachamama es una diosa, es la madre tierra —dice el representante limeño.

—Te digo que los de Manuchau son unos genios.

—¿Han prestao atenson a lo de miña macoña?

—...

—¿Y aí? Macoña e marihuana, filos.

—¿Neta?

—¡Lo único que nos falta!

Brasileños, mexicanos, colombianos, argentinos (con cara de sopresa) y hasta dos húngaros que van llegando dicen *yes*, ea, e-so-me-ro. Guil ofrece una bebida a los

recién llegados y se toma una foto con el más alto. El Oaxaco no está en la computadora ni en el corredor. En Europa no se escucha otra cosa, pero tradúcenos Claudia, que no entendemos a *fucking word*. Convierto las *lyrics* del joven francés al idioma imperialista, mientras que con ademanes agito los hispano-recuerdos que cuelgan del pentagrama.

Noches de eterna argumentación y de utopías, de teoría política y novelas anarquistas. Tú y yo juntas otra vez. El rostro de Vanesa envuelto en humo de esperanza y nicotina, su espíritu lleno de adrenalina al enunciar Or-den-so-cial.

Con la canción de *Mentira*, dice un jangarian, recuerdo las fiestas que celebraba en mi azotea, era una vista preciosa, sobre todo en la noche. A veces, agrega, él sólo sacaba una sillita a manera de turista playero. Cerveza en mano se ponía a ver las estrellas y las bombas que explotaban cerca de la frontera con Yugoslavia. Hermoso, asegura con la mirada lejos del aquí.

—*But that was people dying, you bastard* —ataca Miss UNAM.

—*Yeah, I know. I even had friends fighting there. But I'm talking about the view, just the view. I would see it next day in the morning anyway, on TV, orange juice. Why not at the very same moment? I used to think there a lot, you see, I used to think and imagine how come, how could it be.*

Chica DF concluye que es un monstruo. Alguien le da una cerveza y le dice que no exagere, que al rato se van. El monstruo y Guilherme analizan la colección de *Global Underground*. Me recuerdan a mis amigos *back home* y sus *live concerts* y las mesas de dominó y las discusiones, las eternas discusiones de cómo arreglar el país. La misma música, los mismos *beats*, la Gran

Azotea no es cosa geográfica. Estoy empotrada en una espaciosa y segura azotea, viendo todo lo que pasa en un México cada vez más pequeño, más lejano, más lleno de luces y bombas que no entiendo, que no sé cómo.

El sismo a todos nos llega. Mientras Vane se aferra a la superficie y su ruido, otros estamos en la papila dérmica. ¿Pero hasta cuándo? ¿Debo regresar a la realidad que tan *so-called* vale la pena, a las muertes, a las vidas, a los llantos y a la lucha eterna donde puedo morir y no tendrá final?

¿Dónde está el Oaxaco Revo cuando se le quiere tomar en serio?

Chido tu amiga, chido tu amiga, ella sí tiene huevos. Él no puede, qué lástima, ir a reunirse con la gente que tanto nos necesita ya que su padre tiene los súper conectes y lo está esperando. Explica que en el gobierno no va a trabajar y como tampoco es de quedarse con los brazos cruzados... Con esta maestría voy a estar en un puesto *high* por allá en la ONU, seis mil dólares al mes, dice con sonrisa de gato en el país de las maravillas. Pero chido tu amiga, eso es echarle ganas.

Con un suspiro clavo mi cabeza en la pared. Necesito un mojito, un tequila, ron. Escucho a mi lado al colombiano hablando de joderse al del 411 porque segurito es *gay*. A continuación oigo la voz de Guilherme hablando del cuerpazo de la rusa del 215 y de las *tits* que se carga.

Voces que se deshojan. Corolas de risa, de baile y de ligue. El sol ya no está aquí y sin embargo la luz nos descubre tras palabras, sueños y planes que no son volver al lugar de donde venimos.

Tanzanio dice que no sabe qué va a hacer ahora que termine sus estudios y que quiere probar el *me-*

*xican snack*: una mezcla de palomitas con Tabasco (no hay otra salsa). Nos sentamos en los cojines que a manera de sofá nacen de una arista con el suelo.

—*I wanna do a phd next, ah, gimme some water, beer, something!*

Repuesto del *pseudomexican taste* nos explica que en su tierra sólo hay tres universidades y que sólo entran los de IQ sobresaliente pues se gradúan dos millones de jóvenes *from highschool every year*. Muchos se van a estudiar licenciatura a Japón o a Inglaterra, con beca *of course*, después consiguen algún *job* y en general, ya no regresan. Una vez que eres estudiante en el extranjero —sentencia— ya no quieres dejar de serlo, te conviertes en algo así como un fugitivo...

Las voces tardan un poco antes de seguir en lo que estaban. La música baila desierta.

—Lo que yo voy a hacer es traerme a mi hermano, ya hablé con el dueño del restaurante peruano en Higashidori y dice que sí, que él le consigue la visa y todo —dice una voz desde la azotea.

Mañana todos estos nombres de países y de cuartos que cambian de persona cada seis meses cobrarán su cheque de becarios, irán de compras, a *Love Hotels*, a viajar, a disfrutar de un primer mundo que por regla de natalidad no nos tocaba inhabitar pero aquí estamos. Aquí, la vida; allá es una voz en el teléfono, un i-meil, una fachada de edificio donde no sabemos si hay escaleras.

¿Por qué iterar el miedo al *no salary no status no exit from our places*? Las flores tiemblan. El aire ha de hacerlas caer y rodar y evaporarse. Muy pocas se adhieren a la rama. Han de marchitarse, aunque de otra forma.

El celular anuncia que hay un nuevo correo para claudia_75@handy.ne.jp:

From: [“vanesa Colinas “ <vane@worldwide.com>]
Title: heeeey
—
no puedo creer que no me contestes, ya tengo mi boleto, vas a venir a mex o no?
—

Más whisky. En otra página:

[NOTICIAS]
En México el levantamiento armado chiapaneco alcanza dimensiones de guerrilla organizada al atacar varios puntos del país / El peso mexicano se ha depreciado en un 50% la última semana / Entre los heridos se encuentran niños y mujeres indígenas / Observadores Internacionales delatan casos de violación de derechos humanos / ...

¿Vas a venir o no?

La fiesta me marea heliocentrífugamente y sé que nadie va a tocarme, a deshechizarme, nadie va a decirme qué debo hacer con esta desgana que me absorbe, me despedaza. Mi mejor amiga dice adiós título, adiós neoclásicos. También yo, en cierta forma, digo adiós camino a un territorio desconocido, *non-geographical*.

Guil me abraza al ritmo de la música, le beso la oreja. Me lleva al futón y me recuesta, vose ta molto bébida, canta su deliciosa bi-rilidad.

—Y ahí, Guil, ¿me prestas el dinero que te dije que tal vez...?

—Sí.

Me besa. Desde la cama sin altura digo lárguense todos. Pero lo digo muy quedo, o muy lenguapegada.

La gente sigue bebiendo y fumando y bebiendo y bailando.

Cáliz oblicuo
la raíz sigue anclada
tócale lluvia.

*

La noche tembló en mi sudor envinado una y otra vez hasta que el aura nos sorprendió, como nos cae a veces la fecha. Unos capullos siguen cerrados, tiesos, luchando obstinados contra el aire que intenta hacerlos caer o cuando menos, abrirlos. Una alborada de pétalos se estampa en la ventana. Su sonido afelpado, su chocar en el vidrio me llena poco a poco de una paz que se hace grande y pesada, como lo hacía la lluvia en el pueblo de mis abuelos donde me despertaba el olor a café y a tortillas de harina. Enciendo la computadora de Guilherme.

Podría aludir al teorema de la imposibilidad, figúrate Vane, no hay manera, no hay ese pareto que me contabas, no hay el salto sin afectar el beneficio... Podría decir que me caso o que inicio mi compañía de, o que el amor... Pero no, no tengo excusalidas de emergencia.

Conecto la *denki pot* para calentar agua, mezclaré café instantáneo; coloco pan en el tostador. No hay manera. Olores y memorias ya no están conmigo, aunque intento repetirlos. Música en portugués flota en el presente. El pasado y las infancias ya se hunden y se quedan en el momento de la primera luz en la ventana. Distingo los restos de *hanami*, pétalos rodando aquí y allá, ramas vacías, árboles flacos. Ya no soy la

flor que extiende sus sueños al aire y los abre y los danza.

*Silêncio por favor | não diga nada sobre meus defeitos | quem sabe de tudo não fale, quem não sabe de nada se cale | eu vou fazer um samba sobre o infinito...*

*To* Vanesa Colinas. *Send*. Antes de salirme de la red presiono doble clic sobre el icono de Mis Finanzas: deuda liquidada, mis acciones a la alza. Abrazo a Guil. Me uno a su tibieza y me desmorono,

corola rota
ensamblada en la tierra
pétalo seco.

*Hanami*, de Cristina Rascón Castro, se terminó
de imprimir en el mes de octubre de 2009,
en los talleres de Impresora y Encuadernadora
Progreso, S.A. de C.V., San Lorenzo núm. 244,
col. Paraje San Juan, Iztapalapa, D.F., con un
tiraje de 1 000 ejemplares y estuvo al cuidado
del Programa Cultural Tierra Adentro.